

FILOSOFÍA

Javier ARANGUREN ECHEVARRÍA, *Antropología filosófica. Una reflexión sobre el carácter excéntrico de lo humano*, McGraw-Hill - Interamericana de España, Aravaca (Madrid) 2003, 312 pp., 17 x 24, ISBN 84-481-3773-6.

El origen de este libro hay que situarlo en los cursos de Antropología para universitarios —que el autor impartió a lo largo de seis años académicos— dirigidos a estudiantes cuya formación no es principalmente filosófica. Este dato configura el tono de la exposición que en ningún momento pierde altura ni calado filosófico, pero se encuentra adaptada a los intereses del receptor, mediante ejemplos tomados de la literatura, del arte, y sobre todo de la experiencia vivida. El resultado es un texto claro, sencillo y sugerente, cuya lectura resulta gratificante. No hay referencias eruditas; el autor evita la rigidez del tono académico propio de los manuales al uso. No se pretende agotar los temas ni marcar los límites de la materia con una exhaustividad que resultaría pretenciosa. Sin embargo, la veta filosófica del autor se muestra a través de finos análisis que persuaden al lector de que el ejercicio filosófico no es una tarea ardua, sino que responde a una actitud humana profundamente enraizada en la existencia cotidiana.

Antes de abordar directamente la pregunta acerca del hombre, en el primer capítulo el autor presenta una breve introducción a la reflexión filosófica, en la que presenta una metodología que aspira a superar el perspectivismo a la hora de cuestionarse la realidad humana. La metodología filosófica es compleja y más si tenemos en cuenta la riqueza del hombre que no se agota en los datos aportados por las distintas disciplinas científicas o humanísticas. La Antropología filosófica resulta viable sólo si es posible llevar a cabo una adecuada síntesis de los diversos saberes que estudian al hombre. De otro modo, los reduccionismos (cientificistas, sociólogos, psicólogos, socioculturales, etc.) acabarán reduciendo al hombre a una sólo dimensión distorsionando la realidad de la persona humana.

El segundo capítulo es quizás el más «clásico» («Los grados de vida») en cuanto a su estructura. En él se pasa revista a la noción de vida y su diferencia con lo inerte: se parte del análisis de las operaciones vitales tanto a nivel vegetativo como sensitivo. Al final aparece la noción central del libro, tal como se encuentra enunciado en el subtítulo del mismo: el carácter excéntrico de lo humano.

En esta misma línea argumentativa se sitúa el capítulo siguiente («Rasgos diferenciales de lo humano»): el hombre

es un ser «excéntrico» porque es capaz de superar la limitación del instinto, centralizada en el yo. La espiritualidad humana es la condición de posibilidad para trascender los estrechos límites impulsivos que tienden a referir el medio ambiente a la propia subjetividad. De esta manera se hace posible acceder a un verdadero conocimiento, que es conocimiento en la medida en que versa sobre la verdad de las cosas.

En el capítulo cuarto se explica, por tanto, el conocimiento humano como apertura a la realidad. Para ello es preciso superar una visión representacionista del conocimiento, según la cual el hombre no sería capaz de conocer más allá que sus propias representaciones (ideales o sensibles) de la realidad. Si esa visión fuera cierta sólo cabría el perspectivismo y el subjetivismo, y la vida social descansaría no en lo justo y verdadero en sí, sino en difíciles consensos sujetos a relativismos culturales e historicistas: en última instancia, al escepticismo.

El quinto capítulo se dedica a la dimensión sentimental del hombre. Se aborda aquí el complejo problema de la objetividad del conocimiento y la subjetividad de la experiencia vivida. En estas páginas se analizan los errores prácticos que se derivaran de una existencia guiada principalmente por los sentimientos, o, por el contrario, una vida humana en donde los afectos se encuentran desarraigados de una racionalidad que se acabaría convirtiendo en inhumana.

El sexto capítulo («Personas. Una reflexión sobre la esencia del amor») supone un cambio de enfoque, puesto que el lector mismo es impelido a tomar partido en la reflexión. Se critican las pretensiones totalizantes abstractas de la Modernidad que tienden a reducir la persona a individuo subordinado a los intereses del Absoluto (especie bio-

lógica, Estado, etc.). En esto se manifiesta también el carácter «excéntrico» del hombre, puesto que es capaz de tomar conciencia de que la persona es un absoluto no subordinado a ningún contexto, lo que supone la condición de posibilidad de ser un absoluto relativo a Dios. La persona posee una naturaleza pero al mismo tiempo es capaz de «distanciarse» de ella proponiéndose sus fines propios (no los de la especie).

El séptimo capítulo se centra en las notas fundamentales que surgen de la condición personal estudiada anteriormente: la intimidad, la casa, la familia. El tono de la exposición se muestra más práctico y vital, abordándose cuestiones de actualidad ética y social.

Por último se plantea el tema de la Felicidad; su esencia y sus condiciones de posibilidad. Se trata de un ideal no consumado, pero al mismo tiempo siempre presente en el obrar humano que reclama la eternidad y trascendencia del hombre.

El libro se encuentra prologado por el profesor Alejandro Llano. Tiene unos valiosos índices analíticos y onomásticos, así como una bibliografía actualizada e interesante desde el punto de vista antropológico. Desde luego, la lectura de este libro será muy pertinente para alumnos sin una formación filosófica previa, así como para profesores que quieran encontrar modos nuevos de explicar de manera atrayente la complejidad de la persona humana.

José Ángel García-Cuadrado

Sixto J. CASTRO, *La trama del tiempo*, San Esteban, Salamanca 2002, 346 pp., 17 x 24, ISBN 84-8260-101-6.

El libro es un intenso estudio filosófico acerca del tiempo. Sus páginas se